

Lucía Cullen en el recuerdo de una amiga

*El ejercicio de la memoria es siempre una
Apelación a la vida. Por ello la alegría, por ello el recuerdo e
Indubitablemente el recuerdo, la memoria y la alegría.*

En homenaje a Lucía y a todos y todas las compañeras y compañeros desaparecidos quiero recordarla como una amiga con la que compartí la escuela primaria Domingo Faustino Sarmiento, la *cinco esquinas* para quienes fuimos a esa escuela en la zona norte de la Ciudad A. de Buenos Aires. Esto sucedió entre los años 1951 y 1957. Esa escuela estatal, emblema de una época del estado benefactor y escuela pública de primer nivel nos permitió conocernos, compartir los recreos, las salidas de fin de semana y también cultivar la amistad.

Compartíamos el grupo de amigas con Lucía, Inés y las Mónica y Marta. Con Lucía e Inés recuerdo, nos escapábamos del colegio cuando cursábamos apenas 2° grado. Y nos escapábamos para ir al kiosko de diarios a comprar *comics*. Cuando por azar, las autoridades de la escuela nos encontraban en la calle y por tanto con comportamientos merecedores de reprobación, recuerdo que siempre era Julio, el padre de Inés quien lograba la disculpa, la evitación de la penitencia.

Recuerdo a Lucía pecosa, inquieta, muy linda, con unos ojos preciosos. Siempre de buen humor, sonriendo. Recuerdo también haber ido a su casa de Libertad y Libertador, recuerdo a sus padres y hermanos.

Luego ya adulta no supe más de Lucía hasta el día en que me encontré por mi barrio con Ernesto Fossatti a mediados de 1976. Era una mañana gris, neblinosa. Yo caminaba por Agüero entre Gutierrez y Las Heras me crucé con él. Siempre buen mozo hacía tiempo que no lo veía, nos paramos a charlar pese a lo difícil de la época. Vino a casa y allí me contó que Lucía había estado viviendo en su casa, luego de muerto José Luis Nell. Ya prófuga Lucía, temerosa, me dijo que la habían levantado del bar El Blasón de Pueyrredón y Las Heras. No supe más de ella ni qué había sucedido hasta 1986.

En ese año, volvía a la Escuela de Asistentes Sociales de UBA, invitada por Jorge Elías a participar de una mesa sobre Trabajo Social Comunitario, donde en mi caso debía exponer sobre la actividad que desarrollaba como Trabajadora Social en los barrios de IAPI y Asentamiento de Quilmes. Mesa que se desplegó en el contexto de la cátedra de Trabajo Social de Grupo que conducía Graciela Roza de Diana. Actividad que tuvo como organizadores a docentes y estudiantes de esa cátedra.

Y digo volvía porque desde 1973 hasta 1975 trabajé como ayudante ad-honorem en el área de prácticos en nuestra Carrera de Asistentes Sociales que condujo entre los años 1973 y 1975 Marta Cantorna, colega Trabajadora Social que tuvo la distinción y la responsabilidad de ser la primer trabajadora social al frente de nuestro centro de formación durante la primavera camporista de 1973. En esa ocasión se modificó el programa de formación para asistentes sociales encarando en esa ocasión y en el contexto de la Universidad Nacional de Buenos Aires la primera perspectiva de pensar el trabajo social inserto en las ciencias sociales.

Recuerdo de esa época a Evangelina Gallegos, Perla Docal y tantas otras colegas también desaparecidas. Y más adelante recuerdo el Mundial del 78, la consigna *los argentinos somos derechos y humanos* y la presencia de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en Argentina, que recibía testimonios de familiares de presos y desaparecidos a la par que otros festejaban los triunfos del equipo argentino de fútbol por las calles de Buenos Aires, en tanto Videla asentía y calificaba a los compañeros y compañeras muertos y torturados como “desaparecidos” que “no están, no son”...

Recuerdo el período transcurrido entre 1976 y 1982 como un largo tiempo muy difícil, de secuestro de muchos compañeros, entre ellos como cité antes a Ernesto Fosatti, Mónica Mignone, Jorge Money, el apresamiento de Amalia Toddaro, de Oscar Segal mi compañero, de Adolfo Infante novio de la juventud que se hicieron carne en las estadísticas que ya para 1980 dio a conocer la APDH. También y ya en lo profesional de lo difícil, compleja y riesgosa tarea como Asistente Social Delegada del Tribunal de Menores N 1 de Lomas de Zamora (PBA). Compleja, riesgosa y contradictoria por lo abyecto de la intervención judicial de ese Juzgado en pos de desidentificar y separar a niños hijos de compañeros y compañeras militantes de sus familiares que los reclamaban insistentemente y pese a las sugerencias profesionales de retornarlos a sus familiares cercanos.

Recuerdo también la respuesta del incipiente agrupamiento que luego fuera el Colegio Profesional de Trabajadores Sociales frente a la denuncia de desaparición de Lucía: no tomarían partido en tanto y cuanto Lucía (dixit algún colega participante de los estratos de gobierno del agrupamiento profesional) en su opinión “había desaparecido como militante no como Trabajadora Social”. Evidentemente estas respuestas sólo pueden ser contextualizadas como un anticipo de la ideología neoliberal que nos recorriera como sociedad años después, frente a los desaparecidos, los padecientes, los que padecimos el exilio interno. En fin los treinta mil...sin juicio ni castigo.

También recuerdo el reagrupamiento y re-conocimiento que comenzó a gestarse con compañeros y compañeras ya sobre los finales de la dictadura, a partir de la militancia de colegas en los organismos: Serpaj, Sum, Familiares, la Asamblea, Cels, Medh entre otros.

Y por fin, recuerdo al Delegado Rectoral Carlos Eroles, allá por el año 1986, entregando a los familiares - en un acto plagado de emoción y lágrimas- el diploma que otorgaba a Lucía el rango de Trabajadora Social. Título que con lo inexorable de la burocracia figuraba en un listado de diplomas pendientes de entrega. Margarita Zubizarreta y otras estudiantes de la promoción 1986 de las cuales tuve la suerte de ser profesora, recordaron el nombre de Lucía que hube de citar en una clase teórica acerca de los movimientos sociales, las políticas de desaparición de personas y la infatigable lucha desplegada por los organismos de derechos humanos. Ese recuerdo y la voluntad de verdad y justicia trajeron del olvido - allá por el año 1987- el nombre de la amiga y colega que poco después se constituyó en símbolo militante y nombre de una agrupación estudiantil con raíces en el movimiento nacional y popular de nuestra patria. Militante justiciera que trabajó junto al pobrerío de la Villa de Retiro.

Por todo esto, porque no olvido, porque creo firmemente en la vida, en la verdad y en la justicia recuerdo a Lucía y con ella a todas las compañeras y compañeros desaparecidos, con muchos y muchas de las cuales nos encaminamos en el rumbo de la transformación social para nuestra querida patria.

Este texto fue inicialmente redactado en ocasión de recordar a Lucía en junio del año 2006, más precisamente el día 23 fecha en que fue secuestrada cobardemente en Pueyrredón y Las Heras. Por alguna razón permaneció guardado hasta el día de hoy en que ve la luz y pretendo recordar a la amiga, a la militante, a la compañera y a las y los compañeros que dieron todo con su práctica y ética militante.

Buenos Aires, abril 2012

María Felicitas ELIAS